



cultura.elporvenir@prodigy.net.mx

Agora
DE PAPEL

El Porvenir
Cultural

MONTERREY, N.L. DOMINGO 17 DE AGOSTO DE 2025

Olga de León G./Carlos A. Ponzio de León

La calamidad de antaño

IDEAS Y DICHOS RENOVADOS

OLGA DE LEÓN G.

No mires hacia atrás si no quieres llover. Ayer, no todo fue hojuelas sobre miel; pero sí puedes encontrar paisajes bellos y rutas felices entre los intrincados caminos de un pasado que, por azares de la vida o actos intencionales, se quedó en el olvido. Cada uno escoge qué quiere recordar y revivir en algún momento, a pesar de que, en el momento de la historia vivida, nada haya sido ni libremente elegido ni vivido por voluntad propia.

“La vida da muchas vueltas”. A veces nos confronta con experiencias del pasado, solo para mirar si aún lo recordamos. O, si aprendimos alguna lección de lo que nos golpeó en el rostro y, de frente... habiéndolo ganado a pulso y por tanto, merecido por ingenuos o poco precavidos; o, quizás, siendo víctimas del destino.

Si yo fuera Sancho y mi amo quien me estuviera aleccionando, aquí dictaría Cervantes, a través de don Quijote: “No te aflijas inútilmente Sancho, que mientras tengáis vida, nada se ha terminado: todo está por verse, y tú lo verás aún, solo quédate alerta y no pierdas el rumbo”.

Cuántas estrellas tiene el firmamento, el ser humano puede poseer igual número de brillantes ideas, si entiende que cada una de ellas no ha de provenir solamente de su pensamiento, sino del de la historia, de los que venían delante de él, y de los que fueron acallados por vientos agitados y por la envidia y el celo de pseudo hombres.

“Más vale pájaro en mano, que un ciento volando”, dice un refrán popular, a lo que yo añadiría: todo depende de para qué se quiere el pájaro, pues un ciento volando sería un maravilloso espectáculo para captarlo en una pintura o cuadro. “Lo mismo da el pinto que el colorado”, si nada especial se fraguará con él o ellos. “Nadie busca lo que ha perdido, mientras ignore que alguna vez lo tuvo”. “Dime con quién andas, y te diré quién eres”, en caso de que no lo supieras. Sin embargo: “La compañía no te mejorará ni empeorará, si tú te mantienes firme a tus principios y marcas tu territorio y el rumbo de tu vida, con certeza y determinación”.

Si vivir con dignidad, humildad y empatía hacia todo el mundo, especialmente por los que no se nos parecen, pero que igual son seres dignos, fuera algo sencillo, nuestro aplomo moral bastaría como coraza protectora contra la maldad y la envidia de los que carecen de principios y de rectitud.

A donde se fueron los días llenos de luz, claros y sencillos, a dónde se fue la gente buena que era la única que poblaba la tierra en los años primeros de la existencia del mundo. Cuándo y por qué aparecieron seres siniestros y malvados... ¿Será realmente el sistema económico el único factor que sembró las diferencias y los males del mundo?

Dónde y cuándo nació “el progreso”. ¿Es un mal o un bien, necesario? Si todos fuéramos iguales y pensáramos también igual, amen de lo aburrido que sería, ¿podríamos vivir en comunidad, en paz y con tranquilidad? Puede negarse que cuando alguien dijo: “Esto es mío y no permití que alguien lo tuviera gratuitamente”, surgió la primera forma de dominio, la propiedad privada y, en tér-



CARLOS A. PONZIO DE LEÓN

minos extremos, nació el capitalismo... Sistema que se desarrolló tanto que llegó a asfixiar a la humanidad y volverse el enemigo número uno de la paz.

¿Existirá algún sistema económico ideal para la convivencia entre los humanos que les permita desarrollarse libremente y no interferir con el progreso de otros, mientras ellos también progresan?

“A Dios rogando y con el mazo dando”, o lo que es lo mismo: no esperes que con solo orar te caerá del cielo el alimento, la cobija y el techo: trabaja por ellos y hazlo con el mejor azadón y semillas que tengas y siembres. “Hay aves que cantan, aunque la rama cruja, como que sabe lo que son sus alas”. Pero, no exageres, no sigas cantando solo por el amor al arte y te olvides de que tienes alas, porque si lo olvidas, caerás irremediablemente.

Un poco de lluvia no hace una tormenta; pero toda tormenta comenzó con una fuerte lluvia. También me encanta la frase y el poema “A Gloria” de Salvador Díaz Mirón, que la lleva en una de sus estrofas, y que dice, así: “Hay aves que cruzan el pantano y no se manchan... ¡Mi plumaje es de esos!”. Pienso como el gran poeta Díaz Mirón, que ya por suerte o por casualidad, “El mérito es el naufragio del alma: vivo, se hunde; pero muerto, ¡flota!”

De las entrañables frases de Juan Rulfo, viene una a mi memoria, triste y dolorosa que pinta al México de entonces... Y, aún al de ahora: “¿Qué país es este, Agripina?”. Le dice el profesor a su mujer que cargaba entre sus brazos al más pequeño de sus hijos, quien busca comida y un lugar dónde pudieran pasar la noche... Nada encontró. Entró a la iglesia, un jal derruido, a rezar. Así, en el contexto de la miseria y abandono en que estaba ese lugar, como muchos otros del sur de México, se desarrolló el maravilloso cuento, Luvina: Joya literaria que describe la tristeza, soledad y miseria del cerro de Luvina.

LA TEMPESTAD MORTUORIA

La angustia era profusa: un fenómeno escalofriante, como el misterio de una muerte violenta para buena parte de la humanidad. Entre los más ricos, el sosiego del desayuno lo interrumpió la desgracia. Ya no hubo esperanza a partir de esa hora. Los platos cayeron de las mesas, como si las naciones hubiesen sacado sus armas escalofriantes, las más letales. Un fenómeno desquiciado. Nada parecía tener solución. Las letrinas y las cubetas se fueron agotando en las tiendas y los supermercados, y ya no había sitio para los vómitos. La gente salía de sus propios hogares para devolver el estómago en las banquetas, junto a las calles. La desesperación transitó en autos por las avenidas, afilada y ensordecedora por el sonido de los cláxones. La gente hizo el amor por última vez en sus vidas. Una total extravagancia.

El brillo de las guirnaldas apocalípticas machacó los huesos hasta en las regiones rurales más remotas. Hacía tiempo, algo había desbancado a la razón, convirtiéndose en una ignominia: tierra donde muchos hicieron crecer sus valores y la manera en que otros llegaron al poder.

El amor sagrado ya no aparecía en el horizonte, era solo un recuerdo vago, una gelatina resbalosa que se escapa por entre los dedos. Los recuerdos perturbaban los corazones. La gente se preguntó cómo fue que el destino acumuló tantas suertes fatales, hasta que finalmente reinó, destruyendo las alcobas de los sueños más tranquilos. No hubo mérito para los triunfadores. Finalmente reconocían las protuberancias nacidas en sus rostros: enormes capas de humo se asomaban cuando abrían la boca.

Desolación y misterio satánico, eran las palabras mejor empleadas para describir la situación. ¿Había fantasmas en los pueblos? Las almas de aquellos que habían sido consumidos por las llamas habitaban la materia oscura. La hambruna apestó de manera cada vez más putrefacta. No hacían falta nuevas maneras para morir. Ya había sido sufi-

ciente.

La pesadumbre del desierto se agolpó en los pechos de los sobrevivientes, como moretones en la piel, hongos que consumían carne humana. Desasosiego, sombra funesta, era lo que podía notarse en cada ciudad: Justo del tamaño inequívoco de una vergüenza criminal. Toda barricada destrozada perturbaba el sueño al amanecer, sin misericordia. La pesadumbre embargaba el cielo, ya desanimado por la tormenta. Entonces, algo se asomó en el firmamento, viniendo como entre las nubes, pero destrozando lo poco que había quedado en las ciudades, como huracán estéril de energía atómica. El cielo estaba empecinado en destruir casi la totalidad de los sembradíos que habían sobrevivido la batalla.

La desesperanza empobreció las despedidas, noctámbulas, en los rincones. Certeza e incertidumbre convivían tomadas de la mano. El frío dominó veranos, como la noche se había convertido en el escapulario de los finales. Los príncipes hacían esfuerzos por revivir bajo las sombras. Las princesas amantaban esperanzas. El olor a estiércol predominaba en el material con que podían reconstruirse las ciudades. La bruma de la desesperanza mató a las guirnalas de olivo. Un hombre que puso un pie en el desierto y otro en el mar rechazó todo: no quería guirnalas como obsequio.

La ilusión había sido enterrada bajo las aguas del arroyo. Una obra había quedado inconclusa. Era un regalo para la humanidad: el horno donde se cocina la eternidad. “Quizás al terminar la obra”, se dijo el gigante a sí mismo. “Calla”, se escuchó decir a una voz desde el cielo. “Recuerda que dos más dos son cuatro”. “¿Quién me da una naranja para mi corazón?” El espacio amontonaba cuerpos y más cuerpos, ya no cabía la ilusión. Todo era un ir hacia adelante, un mirar atrás para revisar el desengaño y echar raíces de nueva esperanza. La desgracia, un día, dejaría de ser tormento. Atolondrada ciudad de patos salvajes y carroña.

Los desgastados corazones intentaban sembrar, pero se entumecían: el eclipse parecía no concluir. Santa ciudad decapitada. La penumbra era la constante en los sueños de nostalgia: las migajas eran esperanza que llovía a borbotones: mierda sola; pura mierda. El espacio calcinado era la decapitación continua del sonámbulo día, día y noche. El espacio se abrió para otra temible tempestad. Podredumbre de ruiseñores. Fabricación de insensatos. ¿Más?, se preguntaron los sobrevivientes.

El gigante recordó las antiguas playas, llenas de vacacionistas que empantaban el agua con basura y sacaban provecho de las tortugas. El tiempo, en una esquina, dismantelaba los recuerdos del pasado, con sus papeles viejos, poemas de antiguo ermitaño. Fracaso y sombra. ¿El fin? Los sobrevivientes construyeron precipicios y recuerdos, panfletos sin imaginación, sin mortificación. Claros de bosque entre tempestades, viejas sonatas fabulosas.

Algunos intentaron escapar ya tarde y cayeron en sus propias trampas. Otros se desvanecieron desde antes. ¿Quién podrá traerlos al Paraíso?



Charles Bukowski

(Andernach, 1920 - San Pedro, California, 1994) Escritor estadounidense. En la línea del anticonformismo californiano de la generación beat y utilizando un lenguaje agresivo y una temática marginal, a menudo obscena o violenta, elaboró una obra singular, entre cuyos títulos destacan El cartero (1971), Escritos de un viejo indecente (1969), Ordinaria locura (1976) y Música de cañerías (1983).

Hijo de un oficial norteamericano y de una alemana, su familia se trasladó a Estados Unidos cuando tenía tres años. El joven Bukowski creció en un barrio pobre, y durante la gran depresión económica iniciada en 1929 hubo de soportar la miseria y los castigos de su padre. Estudió periodismo mientras trabajaba en varios oficios, desde lavaplatos hasta aparcacoches, pero no llegó a graduarse y llevó una vida dispersa, entregada al alcohol y a un vagabundeo sin rumbo. De aquella época son sus primeros poemas y también algunos cuentos, que publicaría a partir de 1940.

En 1956 comenzó a trabajar en el servicio de correos, lugar que le serviría de inspiración para su primera novela, El cartero (1971), que protagoniza por primera vez Henry Chinasky, un alter ego destinado a reaparecer en todos sus trabajos posteriores, excepto en la novela Pulp, publicada póstumamente en 1994. A los cincuenta años abandonó el empleo en correos para "sobrevivir con el oficio de escritor".

En sus obras retrató toda una galería de personajes estrafalarios y marginales: prostitutas, alcohólicos, vagos, buscavidas, jugadores arruinados y bravucones que circulan como sonámbulos o pícaros por una ciudad que los rechaza. Varios títulos de sus obras hablan por sí solos de sus líneas argumentales: Erecciones, eyaculaciones, exhibiciones (1972) o Escritos de un viejo indecente (1969).

Estos temas también serían también los de sus libros de poesía, escrita en un verso rudo, escasamente lírico, de mensaje claro y áspero, pese a que en ocasiones afloran en sus poemas los sentimientos y hasta un estado de felicidad. Sus relatos breves, como sus poemarios, están escritos en un lenguaje directo, funcional, que cuenta ágilmente una historia con un final por lo general subido de tono y con una atmósfera una veces sórdida y otras atravesada por la comicidad y el habla coloquial más descarnada.

De sus recopilaciones de relatos destaca Música de cañerías (1983); las treinta y cuatro narraciones de que consta el volumen ofrecen al lector un sórdido recorrido por la vida nocturna de Los Angeles. Personajes marcados por todo tipo de fracasos se cruzan durante unos minutos en una habitación, un bar o una esquina para compartir soledad y alcohol. El tono general es de un humor grotesco, y el estilo narrativo resulta siempre muy económico, espontáneo y directo. Muchos de los personajes esbozados son artistas y escritores de escaso éxito hasta el momento, entre los que destaca de nuevo su alter ego, Henry Chinasky, cínico intelectual y amante incansable que protagoniza varias de las narraciones.

La obra de Charles Bukowski recibió tantas críticas negativas como positivas. Se le acusó de practicar un estilo soez como mero exhibicionismo literario y de reiterar sus obsesiones de modo efectista. Otros críticos, en cambio, realzaron su autenticidad y su condición de escritor maldito. El "fenómeno Bukowski" irrumpió en Europa con grandes triunfos editoriales, pero permaneció prácticamente ignorado por los críticos y los lectores de su país. De hecho, el Bukowski poeta (a menudo convocado para lecturas de versos en las universidades norteamericanas) gozó de mayor popularidad en Estados Unidos que el escritor, al contrario de lo que ocurrió en el viejo continente.

ad pēdem literae

Un cobarde es un hombre capaz de prever el futuro. Un valiente es casi siempre un hombre sin imaginación.

Charles Bukowski

Letras de
buen humor

Cuando tengo que elegir entre dos males, siempre prefiero aquel que no he probado.

Mae West

Elmer Mendoza

Mónica Lavín también confiesa que ha vivido

Mónica Lavín es parte importante de la literatura mexicana desde hace mucho tiempo y aquí nos cuenta el proceso de cómo ocurrió el hallazgo de sí misma. Su libro Naufragio entre palabras es absolutamente inspirador. Fue publicado en 2023, en México, por la Secretaría de Cultura y Turismo del Gobierno del Estado de México y la Universidad Autónoma del Estado de México y es una joya. La historia va desde una niña de nueve años con hepatitis que lee Robinson Crusoe hasta un catálogo de aprendizajes para la próxima pandemia. Uy.

Nuestra amiga confirma que "fue entre gobernadoras y mamillarias, desde lo alto de una hondonada donde se contemplaba la Reserva de la Biósfera del Bolsón de Mapimí, que asumí el camino." Porque como nos ha platicado, era bióloga. Pongamos que nació en Ciudad de México, pero en realidad nace cada que leemos uno de sus libros o recordamos algo de lo que ha escrito y alinea nuestra conversación. Naufragio entre palabras es una entrega a sus lectoras y lectores. Una confesión de que ha vivido tanto como el poeta del sur. Cada

texto es una reflexión estética y un ejemplo de que nada es fácil y que todo se consigue con trabajo tenaz. Considera no solo el peso de la información sino el poder de imaginar, "no tendríamos visión de futuro sin imaginación", expresa. Las definiciones de los géneros que trabaja son claras. "El cuento es extremo, tenso, secreto, solo conocemos algo del personaje", y agrega, "la novela es más explícita, el personaje es visto frente a varios sucesos". En cuanto a desarrollar un personaje histórico, enseña, "la novela histórica es en primer lugar ficción... Es la escritura de lo posible... Tiene su propia verdad." Como decía Carlos Fuentes. En las novelas dos calles pueden cruzarse, aunque en la realidad sean paralelas.

Mónica ha pasado por gran variedad de experiencias en su vida. Por eso le creo cuando escribe, "en los años veinte del siglo XXI las mujeres reconocemos a la palabra su poder y autoridad para ser leída, para ser escuchada, para dejar de ser invisibles." Y señala cómo la clase política quiere convertir el lenguaje en un espectáculo sin fundamento. Comparte expresiones que sacuden sobre la lectura



y el libro. Veán. "Los libros son templos, dan ganas de prenderles velas." "¿Qué es la lectura, sino un intercambio de pensamientos entre el escritor y el lector?" "Mucho de mágico tiene el acto de leer." Los libros de ficción de la autora nos permiten sentir esta declaración, ya que ella misma expone, "ofrecer palabras es ofrecer certezas". Y uno se mueve en esas aguas profundas sin reparar que el sol alumbra a medianoche. No le extraña cuando lea los textos que forman este libro, que al detenerse y reflexionar, usted querrá conducir esa nave que es su vida. Las certezas son tantas y están expresadas con tanta claridad, que seguro se quedan en su casa.